



El sol de verano calentaba sin tregua la ciudad. María, quien yacía tumbada en un banco, era una de las muchas personas que habían decidido reposar un rato bajo la protección que brindaban los árboles. Estaba a punto de caer dormida, cuando una voz la sobresaltó.

—¡Tienes que venir, María! —Era su amiga Elena, que venía corriendo hacia ella—. ¡En la plaza! ¡Hay uno de esos cachivaches en la plaza!

María la miró extrañada.

—¿El qué?

—¡Una cámara, María! —le dijo Juan, que venía detrás de Elena—. Están haciendo fotos, tienes que venir.

El rostro de María se iluminó.

—¿De verdad?

Como única respuesta, Elena y Juan la tomaron de la mano y los tres corrieron hasta la plaza central. Parecía que iban dando pasos de gigante; no podían parar de reír. María no se podía creer la suerte que tenía, ¡iba a poder tomarse una foto! Sus padres iban a flipar cuando se lo contara.

Pero cuando llegaron a la plaza, no vieron a nadie, y mucho menos a alguien con pinta de

fotógrafo.

—No, no, no... —se lamentaba Elena—. Pero si dijo que nos esperaría.

—Menudo mendrugo —dijo Juan, visiblemente molesto—. Se ha ido.

—Lo siento, María —Elena lucía devastada—, pensaba que estaría aquí.

María trató de disimular su decepción.

—No pasa nada, estoy segura de que ya volverá alguien con otra cámara.

Elena y Juan asintieron, aunque no parecían muy convencidos. Tras quedar en verse mañana a la entrada de la escuela, cada uno tomó el camino de vuelta a casa.

Mientras pasaba por el bar “Las Fuentes”, escuchó un gran tumulto proveniente del interior. Presa de la curiosidad, se asomó lentamente, y lo vio.

Ahí, sentado en la barra, se encontraba el fotógrafo del que sus amigos hablaban. Su cámara reposaba a un lado, lo que había atraído la curiosidad de muchos clientes quienes se habían acercado para hablar con él. De ahí la inusual cantidad de ruido.

María se acercó tímidamente, y se sentó a su lado, con la esperanza de que él se diera cuenta de su presencia. El fotógrafo se giró para verla.

—Tú debes de ser María —repuso, sonriente.

La niña se quedó anonadada.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu amiga Elena me dijo que te pasarías por la plaza, pero tenía que asegurarme de que había apuntado su dirección correctamente para poder enviarle su foto una vez la revele.

María asintió con vehemencia, sin entender la mitad de lo que ese hombre le había explicado.

—¿Entonces, también le has hecho una foto a Elena?

—Oh, sí. ¿Su casa está por aquí?

—Unas calles más para arriba. Por aquí vivo yo.

—Muchas gracias. —Acto seguido, se dirigió al camarero—. Disculpe, sí, la cuenta, por favor.

Una vez hubo pagado, el hombre se levantó del taburete e invitó a María a acompañarle fuera. La niña se giró, dispuesta a marcharse a casa, pero la voz del hombre la detuvo

—¿No quieres una foto?

María se puso roja.

—No quiero molestarte...

—No te preocupes —dijo él, y colocó la cámara frente a ella—, quédate quieta y sonríe.

—No voy bien vestida.

—Entonces solo enfocaré tu cara.

María aún no estaba muy convencida.

—Venga, sonríe —la animó él—. Un poco más natural ¡Así! ¡Perfecto! No te muevas.

*Click.*

—Muchas gracias —le dijo el hombre—. ¿Te tienes que ir a casa, no?

—Sí.

—Entonces no te molestó más. —Se despidió con la mano—. Ya te llegará la foto.

De camino a casa, María no podía dejar de pensar que Elena y Juan no le iban a creer cuando les contara lo que le había pasado.